

GURVITCH (Georges): *Dialectique et Sociologie*. París, 1962, 242 págs.

La dialéctica ha sido una gran palanca metodológica que, apoyada en los puntos más diversos—y hasta en la nada en Hegel—ha servido para construir grandes sistemas filosóficos desde Platón a nuestros días. Pero quienes han superado la dialéctica, o han olvidado que ésta es un camino y no un punto de llegada, han sufrido las consecuencias de confundir el método con el objeto y el fin, objetivando los problemas metodológicos. El libro que presentamos del ilustre profesor G. Gurvitch, es un estudio de la evolución de la dialéctica desde Platón a Marx y Sartre, para terminar exponiendo el papel que debe asignarse a la dialéctica en la elaboración de las ciencias sociales de hoy. En la *Introducción*, el autor trata brevemente de precisar dónde reside el verdadero problema de la dialéctica, “muy a menudo encubierta por lugares comunes” y la banalidad de ciertos pretendidos “dialécticos”. Todas las ciencias—dice—y también todas las ciencias humanas—y la sociología más que ninguna—tienen necesidad de la aplicación del método dialéctico. Es más, el objeto de la sociología—los fenómenos sociales totales estudiados en sus aspectos y movimientos—serían inabordables científicamente si se repudia la dialéctica. Por eso en otro lugar (*Traité de Sociologie*, 1958), el autor, profesor de Sociología de la Sorbona, define la sociología como “una ciencia que estudia los fenómenos sociales totales en el conjunto de sus aspectos y de sus movimientos, captándoles en los tipos dialectizados microsociales, agrupados y englobados, en trance de hacerse y deshacerse” (I. pág. 27).

La primera parte del libro es una composición histórica—“aussi objective que possible”—de los avatares de la dialéctica, en cuya exposición el autor trata de poner de relieve lo típico, lo esencial de la dialéctica desde Platón a Marx, dedicando un Apéndice—pp. 157-176—a Jean Paul Sartre. A través de esa larga exposición, que ocupa la mayor parte del libro—p. 29-177—el autor, no obstante su objetivismo declarado, se opone vigorosamente a todos los dogmatismos porque entiende que la vocación de la dialéctica consiste, precisamente, en hacer imposible todo dogmatismo. El autor se detiene particularmente sobre los dialécticos que, de Fichte a Proudhon, Marx y Sartre, han sabido descubrir que el “hogar esencial” de la dialéctica se encuentra en la realidad social, en la realidad histórica.

Por eso, en la segunda y última parte del libro examina la dialéctica entre la sociología y las demás ciencias sociales, la dialéctica entre sociología e historia, considerando la *realidad histórica* como un sector privilegiado de la realidad social: “La realite historique n'est done que la part prométhéenne de la realité sociale” (pág. 224), y por último la dialéctica entre sociología y ciencias sociales particulares. Trata de mostrar que en sociología, una “investigación empírica” verdadera precisa la dialéctica, ya para encontrar los hechos sociales ocultos que puedan servir de referencia a la sociología, ya para preparar la vía a su explicación.

El propósito de la segunda parte del libro, en la que el autor expone su pensamiento es, lo dice él mismo, el de contribuir a la articulación entre sociología general e investigación científica y esta unión no puede ser efectiva sino fundándose en la dialéctica, “más precisamente, en la dialéctica empírico-realista”. Quedaría así facilitada la colaboración entre todas las ramas de la “ciencia del hombre”, presididas por la sociología y la ciencia de la historia. Y nosotros querríamos leer—termina el autor—en la fachada de la *Maison des Sciences de l'Homme* esta divisa: “*Nul n'entre ici, s'il n'est dialecticien*” (pág. 9).

EMILIO SERRANO VILLAFAÑE

HARTUNG (Henri): *Unité de l'Homme*. Collection Sciences et Techniques Humaines, 3. París, 1963, 219 págs.

Que el tema del hombre es el tema por antonomasia de la Filosofía y de la Historia, es afirmación que constituye un lugar común entre los autores. Desde que Sócrates descubriera la realidad del hombre y Protagoras le convirtiera en la “medida de todas las cosas”, hasta el personalismo y el humanismo de nuestros días, el hombre, en un sentido u otro, ocupa el lugar preferente en las especulaciones filosóficas de todos los tiempos. Pero no deja de ser extraño que los autores que se preocupan de este repetido tema crean encontrar al menos algún método nuevo en su tratamiento.

El hombre moderno que vive empujado por la técnica, aprovechándose de ella y dominándola, no se pregunta—dice el autor—si está “por” o “contra” la técnica. Ni se pregunta si debe o no beneficiarse de sus aplicaciones utilitarias. El usa y abusa de la técnica. Y el peligro no reside en la extensión del progreso, sino más bien “en la opacidad espiritual que de ello resulta”; en el precio pagado por el hombre del siglo XX a cambio de este nuevo bienestar. Ante él, ¿debe el hombre conservar o aumentar estas ventajas y sacrificar su vida espiritual? Si el problema se presentase en esta síntesis o dilema en que lo hace el autor, no cabe duda que optar por lo primero sería una “degradación”, una amputación de lo principal, “una confusión entre el fin y el medio”. Las inquietudes modernas para unos consisten en saber si los adelantos de la civilización actual son tales. Millones de hombres se hacen con angustia la misma pregunta. Y “la amenaza atómica, cuya realidad forma parte integrante de la civilización, les da una respuesta elocuente”. Interrogantes, angustiosos se presentan los científicos y los técnicos, los médicos y los biólogos, los sabios y los hombres de negocios.

El punto de vista del autor a lo largo de este libro, es el de un hombre profundamente persuadido de que nos encontramos ante una crisis del espíritu; que por triunfar de un modo rotundo de la materia, nuestros contemporáneos han tenido que renunciar a la vocación esencial del hombre de conocerse a sí mismo y de realizarse, y a traicionar el pensamiento en beneficio de la acción. El hombre moderno rompe